

MARIE-LOUISE VON FRANZ

Sobre adivinación y sincronicidad

La psicología de las
casualidades significativas



En este libro, que originalmente procede de un ciclo de conferencias pronunciadas en el Instituto Jung de Zürich, la autora dirige su atención hacia el sentido de lo irracional en nuestras vidas y examina ampliamente el trasfondo psicológico de métodos de adivinación del destino como el *I Ching*, la astrología, las cartas del Tarot, la quiromancia, los dados, los patrones aleatorios, etcétera. Contrastando las actitudes científicas occidentales con las chinas y con las llamadas «primitivas», el texto explica e ilustra las ideas de C.G. Jung sobre los arquetipos, la proyección, la energía psíquica y la sincronicidad, y utiliza ejemplos prácticos de la vida cotidiana para aclarar las más diversas y controvertidas teorías psicológicas, haciéndolas accesibles para todo tipo de lectores. Como ha dicho Mary Williams en *The Journal of Analytical Psychology*: «Éste es un libro breve, pero de gran alcance; su erudición se hace explícita gracias a su claridad de estilo. Una excelente introducción al tema, tal como podíamos esperar de la autora».

Marie-Louise von Franz, durante muchos años colaboradora de C.G. Jung, es una reconocida autoridad en la interpretación psicológica de los cuentos de hadas, los sueños, los mitos y la alquimia.

Nota del editor

Este libro procede de la transcripción realizada por la señorita Una Thomas de un ciclo de conferencias a cargo de la doctora von Franz en el Instituto C.G. Jung de Zürich, en otoño de 1969. La autora y el editor agradecen a la señorita Thomas su cuidadosa preparación de la versión original. El texto en la forma actual fue editado para ser publicado por Daryl Sharp y Marión Woodman. El índice fue recopilado por Daryl Sharp.

CONFERENCIA I

Puede que conozcan el divertido hecho de que en la antigüedad la adivinación siempre se practicaba en las iglesias. Los antiguos judíos, por ejemplo, tenían un oráculo para la adivinación en sus sinagogas de Jerusalén y en algunas ocasiones cuando el sacerdote quería consultar a Jehová, intentaba descubrir la voluntad de Dios a través de estos oráculos. En todas las civilizaciones primitivas se han utilizado las técnicas de adivinación para descubrir lo que quiere Dios o los dioses, pero con el tiempo esta costumbre se ha quedado atrás y ha dejado de practicarse; se ha convertido en una práctica oscura, mágica y despreciada; sin embargo, hoy se está dando esta charla en la *Kirchgemeinde* (iglesia parroquial), una hermosa y pequeña sincronicidad.

La visión del mundo a la que Jung trató de devolver su importancia, y sobre la cual se basa fundamentalmente la adivinación, es la de la sincronicidad, por consiguiente, antes de entrar en detalles acerca de los problemas sobre la adivinación, hemos de recordar lo que dijo Jung respecto a la misma. En su prólogo a la edición inglesa de la traducción de Richard Wilhelm del *I Ching*, *El libro de las mutaciones*, hace un buen resumen de la diferencia entre el pensamiento causal y sincrónico. El pensamiento causal, por así decirlo, es lineal. Hay una secuencia de acontecimientos A, B, C, D; miras hacia atrás y te preguntas por qué D aparece a causa de C, por qué C aparece por B y por qué B se debe a A, al igual que algún tipo de acontecimiento interno o externo. Intentamos buscar en nuestra mente el origen de por qué han funcionado estos efectos coordinados.

Sabemos que a través de las investigaciones de los físicos modernos, ahora se ha demostrado que a nivel microfísico, este principio ya no es completamente válido; ya no podemos pensar en la causalidad como una ley absoluta, sino sólo como una tendencia o una probabilidad que prevalece. De modo que la causalidad demuestra ser una forma de pensar que satisface nuestra concepción mental de una serie de acontecimientos físicos, pero que no llega por completo al fondo de las leyes naturales, tan sólo traza tendencias o posibilidades generales. Por otra parte el pensamiento sincrónico se podría denominar pensamiento de campo, en cuyo centro está el tiempo.

El tiempo también entra en la causalidad, puesto que normalmente pensamos que la causa viene antes que el efecto. En la física moderna, a veces parece como si el efecto llegara antes que la causa, y por consiguiente intentan darle la vuelta diciendo que a pesar de todo todavía se puede denominar causal; pero yo creo que Jung está en lo cierto al decir que es ampliar y retorcer la idea de la causalidad *ad absurdum* hasta el punto que pierde su significado. Normalmente la causa siempre está antes que el efecto, por lo que también existe una idea lineal del tiempo, el antes y el después, estando el efecto siempre después que el antes.

El pensamiento sincrónico, la forma clásica de pensar en China, es pensar en campos, por decirlo de algún modo. En la filosofía china dicha forma de pensar se ha desarrollado y diferenciado mucho más que en ninguna otra civilización; allí la pregunta no es por qué ha sucedido esto, o qué factor causó este efecto, sino, ¿qué es posible que suceda a la vez de una forma coherente en ese mismo momento? Los chinos siempre preguntan: «¿Qué suele suceder a la vez en el tiempo?». De modo que el centro de su campo de concepto sería un momento en el tiempo en que se dan un grupo de acontecimientos A, B, C, D, y así sucesivamente (fig. 1).

Figura 1. Campo de tiempo (serie de acontecimientos unidos por el tiempo).

Richard Wilhelm lo expone muy bien en su introducción al *I Ching*, donde habla del complejo de acontecimientos que tienen lugar en un cierto momento.

En nuestro pensamiento causal hemos hecho una gran separación entre los acontecimientos psíquicos y los físicos, y sólo observamos para ver cómo los acontecimientos físicos producen, o tienen un efecto causal entre sí y sobre los de índole psicológica. Esta idea de que sólo las causas físicas tienen efectos físicos y las psíquicas efectos psicológicos todavía persistía en la ciencia en el siglo XIX (y todavía lo hace en la de los que están menos desarrollados); por ejemplo, según la forma de pensar de Freud: «Esta mujer es neurótica y su idiosincrasia es el resultado de un trauma de la infancia».

Ésa sería la misma forma de pensar, pero en un contexto psicológico.

La pregunta que ahora nos hacemos es si existen interacciones entre esas dos líneas. ¿Existe algo así como una causa psíquica para los acontecimientos físicos y viceversa? Éste es uno de los problemas de la medicina psicosomática. Las interacciones entre dos cadenas de causalidad se pueden probar: puedes leer una carta en la que te comuniquen el fallecimiento de un ser muy querido, y tener efectos psicológicos; puede que llegues a desmayarte, ésa no es una reacción provocada por la tinta y el papel, sino por el contenido psíquico de la comunicación. Existe una interacción causal entre esas dos tendencias que ahora se están empezando a investigar.

Sin embargo, la sincronicidad, es decir, la forma de pensar china, es totalmente distinta. Es una variante del pensamiento primitivo, donde nunca se ha hecho ninguna diferencia entre los hechos psicológicos y los físicos. En su pregunta respecto a qué puede suceder a un mismo tiempo,

se pueden incluir los hechos internos y los externos. Para esta forma de pensar sincrónica, incluso es esencial observar las dos áreas de la realidad, la física y la psíquica, y observar que en el momento en que se tuvieron éstos y aquellos pensamientos o tales y cuales sueños —que serían los acontecimientos psicológicos— sucedió tal y cual cosa en el plano físico, es decir, había una serie de acontecimientos físicos y psíquicos. Aunque el pensamiento causal también plantea de algún modo el problema del tiempo con el antes y el después, éste es mucho más importante en el pensamiento sincrónico porque en él se produce el momento clave —un cierto momento en el tiempo— que es el hecho unificador, el punto focal para la observación de esta serie de hechos.

En la ciencia moderna de Occidente, se emplea el álgebra para describir las probabilidades de la secuencia de acontecimientos —las matrices de distintas clases, las funciones y las curvas algebraicas—. Los chinos también usan las matemáticas para describir sus leyes de la sincronicidad. Utilizan algo similar a las matrices matemáticas, pero no son abstracciones de álgebra; utilizan los números enteros naturales (1, 2, 3, 4, 5, 6, 7), de modo que se podría decir que las matemáticas de esta forma de pensar china serían las distintas cualificaciones que se pueden extraer de una serie de naturales enteros, las leyes comunes que se pueden extraer de ellos. Se puede utilizar el 3, el 4 y el 5 para captar una serie de acontecimientos en una forma matemática.

La base de esta ciencia de las matemáticas, o de las matemáticas científicas del pensamiento sincrónico, es por lo tanto la serie de los enteros naturales y esto se encuentra en todas las técnicas de adivinación. La forma más sencilla adivinación es la binaria: ganar o perder. Se lanza una moneda, se obtiene cara o cruz y uno decide si va o no va al Rigi, o a cualquier otro sitio que no tengas claro si has de ir. Cara o cruz es la idea básica de toda adivinación, pero en

las distintas civilizaciones hay diferentes técnicas para interpretar la situación en un momento dado.

La forma de pensar occidental tiene una orientación extravertida, concretamente contempla primero los hechos y luego crea un modelo matemático. La oriental, o la china, utiliza un modelo mental intuitivo de interpretación, concretamente los enteros naturales. En primer lugar se contempla el hecho de lanzar la moneda, que es un acto físico y psíquico. La pregunta del adivino es psíquica, mientras que el que salga cara o cruz es un hecho, a través del cual se pueden leer los acontecimientos externos e internos. De modo que es una visión totalmente complementaria a la nuestra.

Lo que es importante en China, como Jung señaló en su ensayo «Synchronicity: An A causal Connecting Principle», es que los chinos no se quedaban estancados, al igual que muchas otras civilizaciones primitivas, en usar los métodos de adivinación sólo para predecir el futuro, como en el caso de decidir si es conveniente contraer matrimonio. Se le pregunta al sacerdote y él responde: «No, no lo es», —o «sí lo es»—. Esto es algo que se practica en todo el mundo, no sólo a nivel oficial sino también privado cuando las personas echan el tarot silenciosamente en sus habitaciones, o cualquier otro medio, o realizan pequeños rituales: «Si hoy brilla el sol, entonces haré esto y aquello». El hombre piensa constantemente de este modo, incluso los científicos tienen estas pequeñas supersticiones, diciéndose para sí que como el sol brilló en su habitación al levantarse sabían que tal y cual cosa saldría bien. Incluso aunque lo desechemos en nuestro *Weltanschauung** consciente, el ser primitivo que llevamos dentro usa constantemente este tipo de pronosticación del futuro con su mano izquierda, y luego vergonzosamente lo niega a su hermano racional, ¡aunque se queda mucho más aliviado cuando descubre que el otro también lo hace!

* Visión del mundo (N. del T.)

En esta fase la adivinación no puede evolucionar y diferenciarse; sigue siendo una especie de técnica primitiva de adivinación que intenta prever el futuro a través de algún medio técnico. Esto lo practicamos nosotros, y de una forma más abierta todas las civilizaciones primitivas. Si deseamos viajar por África hemos de ir a un curandero que tirará unos cuantos huesos y según el modo en que caigan, si lo hacen en la sección roja o en la blanca, que ha dibujado en el suelo, y en qué constelación, nos dirá si el viaje irá bien o no, y si debemos emprenderlo. Antes de cualquier empresa importante como ir a cazar o realizar un largo y peligroso viaje a Johannesburgo, o cualquier otra cosa, siempre se consulta a un oráculo y luego se actúa en consecuencia. Nosotros hacemos lo mismo más secretamente, pero en ambos casos —más tarde mencionaré algunas excepciones— no se construyen en el *Weltanschauung* y por consiguiente queda como una especie de práctica primitiva no desarrollada, un juego ritual, por así decirlo, que no tendemos a integrar en nuestra visión consciente de la realidad.

Los chinos, al igual que las civilizaciones primitivas, todavía tenían esta ancestral técnica hasta que fue olvidada. En el mercado de cualquier ciudad china había unos cuantos monjes del *I Ching* que lanzaban las monedas o hacían escoger tallos de milenrama y responder a las preguntas, pero luego esto se prohibió. En 1960, Mao pensó en ir aflojando ligeramente la presión de la política racionalista sobre las masas y descubrió que había dos posibilidades: dar más arroz o dejar que usaran el *I Ching*, a todos los que consultó le respondieron que la gente prefería volver a usar el *I Ching* que tener más comida. El alimento espiritual, y el *I Ching* lo era, era más importante para ellos, de modo que lo permitió durante uno o dos años según creo y luego volvió a prohibirlo. Es muy típico que para los chinos, incluso un bol de arroz —y eso que pasan bastante hambre— sea menos importante que recuperar su amado *Libro de las mutaciones* y su orientación espiritual.

El gran mérito del *I Ching* se debe a dos destacados genios, concretamente al legendario rey Wén y al duque Chou, que desarrollaron lo que originalmente fue un sistema de oráculo basado en un *Weltanschauung* filosófico completo. Enfocaron el oráculo y sus consecuencias éticas de forma filosófica; pensaron en sus consecuencias y presuposiciones psicológicas y a través de ello en China se ha convertido en la base de un *Weltanschauung*) muy profundo y extendido. Jung escribe en su ensayo sobre la sincronicidad que esto sólo pasó en China, pero yo tuve la suerte de descubrir por casualidad que también había sucedido en la Nigeria occidental. Habían ciertos curanderos que con su técnica del oráculo —geomancia en su caso— habían desarrollado toda una filosofía religiosa, como es natural un tanto más primitiva que la china, pero también una visión totalmente religiosa y filosófica respecto al mismo, al no emplearlo sólo como una técnica de adivinación.

Éstos son dos ejemplos que conozco. Posiblemente hay un tercero, pero no he podido conseguir el material; que yo sepa sólo se ha escrito un artículo al respecto, pero no sé dónde encontrarlo. La antigua civilización maya, que depende de Asia, tal como se ha ido descubriendo últimamente, y por lo tanto está vinculada con la civilización china, también tenía una especie de técnica de oráculo parecida al *I Ching*, y por la calidad de su civilización supongo que también tenían un enfoque filosófico y una visión al respecto, en la que no era considerada solamente como una técnica de adivinación secundaria. Un hombre, Schulze-Jena, publicó un breve artículo sobre este tema, pero aunque he estado intentando encontrarlo durante dos años no he podido conseguirlo en Suiza; que yo sepa este autor sólo escribe sobre las técnicas del oráculo Maya hablar de su fondo filosófico. No obstante, podemos intentar adivinar algunas cosas porque en la filosofía maya todos los dioses eran deidades del tiempo y de los números. Todas las figuras principales de los mitos mayas poseen un número que

está expresado en sus nombres. El más grande de los héroes, por ejemplo, es Hunabku —el nombre procede de Hun, que significa uno— y también está el gran héroe Siete Cazador cada gran dios es un número y un momento en el calendario anual. De modo que existe una unión de una figura arquetípica con un cierto momento y un cierto número entero natural.

Esto nos da la pista de que probablemente el oráculo maya estuviera vinculado filosóficamente con esa visión, pero como ya he dicho no he encontrado más detalles al respecto.

De momento, vamos a permanecer con la forma de pensar del oráculo chino. Existe un libro excelente sobre este tema que está escrito por el sociólogo Marcel Granet, *La Pensée Chinoise*, que dice que los chinos nunca pensaron en cantidades, sino siempre en términos de emblemas cualitativos. Jung habría dicho «símbolos» y yo usaré ese término para facilitar la comprensión. Según los chinos, los números describen las relaciones regulares de los acontecimientos y las cosas, justo del mismo modo que lo hacen para nosotros. Probamos con fórmulas de álgebra matemática para describir relaciones regulares. Como clasificación, la causalidad es la idea para descubrir tales relaciones, igual que para los chinos, los números expresan la relación regular de las cosas —no de modo cuantitativo, pero en su jerarquía cualitativa facultan la ordenación concreta de las cosas. No lo rebatiremos puesto que es más o menos lo mismo que para nosotros, salvo que ellos enfatizan el nivel de cualidad.

No obstante en China aún van más lejos, creyendo que el universo probablemente posea, en último término, un ritmo numérico básico. Nosotros nos planteamos la misma pregunta, puesto que en la física moderna se piensa que posiblemente se podría encontrar un ritmo básico del universo que explicaría todos los distintos fenómenos, pero para nosotros en estos momentos eso no es más que una

especie de idea especulativa defendida por algunos físicos modernos. Los chinos sencillamente supusieron que existía este ritmo de toda la realidad, que era un patrón numérico, y que todas las relaciones que las cosas tenían entre sí en todas las áreas de la vida externa e interna, reflejaban este patrón numérico básico en una forma concebida como un ritmo.

Hasta finales del siglo XIX los chinos también poseían una visión mucho más energética y dinámica del mundo que la nuestra, y creían que todo era un flujo de energía. En realidad nosotros también pensamos lo mismo, pero hemos llegado a la idea mucho más tarde y por métodos científicos. Su suposición principal desde siempre era que todo, tanto externa como internamente, era un flujo energético que sigue ciertos ritmos numéricos básicos y recurrentes. En todas las áreas de acontecimientos siempre se puede llegar a esta imagen especular, el ritmo básico —una matriz— del cosmos. Para los que no tienen una mente tan matemática, una matriz es cualquier distribución regular de números en varias columnas; puede ser de cualquier número de filas y columnas, pero siempre es una disposición rectangular.

4	9	2
3	5	7
8	1	6

Figura 2. Lo Shou. En lenguaje moderno, una matriz.

		7			
		2			
8	3	5	4	9	
		1			
		6			

Figura 3. Ho-tou.

Para los chinos una de las matrices básicas u organizaciones del universo era una matriz cuadrangular —un cuadrado mágico denominado *Lo Shou* (fig. 2), que establece el ritmo básico—. Se llama cuadrado mágico porque sea

cual sea el modo en que se añaden los números el resultado siempre es 15, y también es el único cuadrado mágico que sólo tiene tres elementos en cada fila o columna.

De modo que realmente es algo único en matemáticas. Hay muchos cuadrados mágicos con más o menos filas y más o menos posibilidades de sumas, pero el más sencillo es este y sólo tiene ocho soluciones. Me atrevería a decir que es una de las matrices numéricas más simétricas que pueden hallarse en aritmética. Los chinos la descubrieron intuitivamente y para ellos representaba un espejo básico o una imagen rítmica del universo visto desde este aspecto temporal. Más adelante seguiré hablando de esto.

Los chinos tenían dos ideas o aspectos del tiempo: concretamente *tiempo infinito* o eternidad, la eternidad incambiable, con un *tiempo cíclico* superpuesto. Vivimos con normalidad, con nuestra conciencia, en el tiempo cíclico, según las ideas chinas, pero debajo existe un tiempo eterno —*une dure'e créatrice* (un tiempo creador), empleando la expresión de Bergson—, que a veces interfiere con el otro. El tiempo chino ordinario es cíclico y sigue este patrón. Las salas más íntimas de su palacio imperial estaban dispuestas según este patrón; también todos los instrumentos musicales estaban afinados según el mismo, todas las danzas y protocolos, así como lo que tenía que hacer tanto un mandarín como un plebeyo en el funeral de su padre. Este patrón numérico siempre desempeñaba una función en todos los detalles, puesto que se creía que era el ritmo básico de la realidad; por consiguiente en las distintas variaciones de la música, en el protocolo, en la arquitectura, en todas partes este mismo patrón siempre estaba en el centro.

El orden numérico subyacente de la eternidad se denomina *Ho-tou* (fig. 3), mandala y también cruz. De nuevo está el 5 en el centro. Se cuenta 1, 2, 3, 4, y luego se va hacia el centro 5, luego 6, 7, 8, 9 y luego de vuelta al 10 —el 10 estaría realmente en el medio—. Siempre se ha de cruzar y volver al centro. En realidad es el movimiento de una dan-

za, porque siempre emana entre cuatro y se contrae en el centro, tiene un movimiento de sístole y diástole. El *Lo Shou* es el mundo del tiempo en el que vivimos, y por debajo siempre está el ritmo de la eternidad, el *Ho-tou*. Esa idea subyace a toda aplicación científica y cultural de las matemáticas en China. Vamos a compararla con nuestro punto de vista.

Quiero leerles en detalle lo que dice el conocido matemático Hermann Weyl sobre este tema, en su libro *Philosophy of Mathematics and Natural Science*. Como sabrán, hasta aproximadamente el año 1930 la apasionada y gran ocupación de la mayoría de los matemáticos era hablar sobre los fundamentales. Esperaban, al igual que hoy en día, replantear los fundamentales de toda la ciencia. No obstante, el famoso matemático alemán David Hilbert creó, por así decirlo, una nueva construcción de todo el planteamiento de las matemáticas, y esperaba que no contuviera contradicciones internas. Habría unos cuantos axiomas básicos sobre los cuales poder construir todas las ramas de las matemáticas: la topología, la geometría, el álgebra, etcétera; tenía que ser un gran edificio con bases sólidas en unos cuantos axiomas. Eso fue en 1926, y Hilbert fue lo bastante atrevido como para decir: «Creo que con mi teoría la discusión sobre los fundamentales se ha eliminado para siempre de las matemáticas».

Entonces en 1931 llegó otro famoso matemático, Kurt Goedel, que cogió unos cuantos de esos axiomas básicos y demostró que se podía llegar a una contradicción total entre ellos, empezando con los mismos axiomas, se podía probar una cosa y su opuesto. Dicho de otro modo, demostró que los axiomas básicos contenían un factor irracional, que no se podía erradicar. Actualmente en las matemáticas no se debe decir que obviamente esto es así y que por lo tanto esto y aquello es de ese otro modo, sino: «Supongo que esto y esto es así y entonces aquello y lo otro darán como resultado tal cosa». Los axiomas se han de presentar

como suposiciones, o se han de postular, de modo que se pueda realizar una deducción lógica a raíz de ellos, pero no se puede deducir que lo que se ha supuesto o postulado no pueda ser contradecido o puesto en duda como si fuera una verdad absoluta.

A fin de realizar tales suposiciones, las matemáticas suelen formularse en términos como: «es evidente» o «es razonable pensar» —que es como los matemáticos presentan un axioma hoy en día, y a partir de ahí hacen sus construcciones—. Partiendo de ese punto no hay contradicción, sólo es posible una conclusión, pero en el «es razonable suponer» es donde reside el meollo de la cuestión, como diríamos vulgarmente. Goedel demostró eso y con ello lo echó todo por la borda. Curiosamente eso no volvió a iniciar el debate sobre los fundamentales. A partir de entonces, como dice Weyl, nadie tocó el problema, sólo se sentían torpes y que no estaban a la altura y decían: «No hablemos más de los fundamentales, no hay nada que hacer: es razonable pensar que no podemos ir más allá», y ésta es la situación actual.

Weyl, sin embargo, realizó un desarrollo muy interesante. Al principio se sentía muy atraído por el físico Werner Heisenberg. Era bastante pitagórico y le atraía la luminosidad y la irracionalidad de los enteros naturales. Luego quedó fascinado por David Hilbert, y en la mitad de su vida tuvo un período en que se sintió más afín a la lógica de Hilbert y se olvidó del problema de los números, tratándolos a mi entender erróneamente, como simples cantidades planteadas. Por ejemplo, nos dice que los enteros naturales son como si cogiéramos un palo e hiciéramos un hilera de marcas, a la que luego le pusiéramos un nombre convencional; no había nada más detrás de ellos, simplemente eran un postulado de la mente humana y no había nada de misterioso respecto a los mismos; era «razonable y evidente» que se podía hacer eso. No obstante, al final de su vida añadió (sólo en la edición alemana de su libro sobre la filo-